

Una travesía diferente: peregrinaje religioso y escritura de mujeres en Chile*

Lorena Amaro

Instituto de Estética
Pontificia Universidad Católica de Chile

Alida Mayne-Nicholls

Programa de Doctorado en Letras
Pontificia Universidad Católica de Chile

RESUMEN: El siguiente artículo aborda la escritura de viaje de tres autoras chilenas: Amalia Errázuriz, Inés Echeverría (Iris) y Rita Salas (Violeta Quevedo), buscando plantear la especificidad de su trabajo y sus estrategias representacionales, a partir del signo religioso bajo el cual peregrinan a importantes centros religiosos de Medio Oriente y Europa. Ellas construyen una voz en medio de un escenario patriarcal marcado por el silencio impuesto a la mujer. Revisaremos las estrategias a través de las cuales configuran su autoría y buscan legitimar socialmente las transgresiones de su escritura.

PALABRAS CLAVE: peregrinaciones, autoría femenina, autorrepresentación, escritura pública de mujeres.

* El siguiente artículo es producto de la investigación “Espiritualidad y mirada viajera de tres peregrinas chilenas: Amalia Errázuriz, Inés Echeverría y Violeta Quevedo”, financiada por el Concurso Fe y Cultura 2011 (IX Versión) de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

A DIFFERENT JOURNEY: RELIGIOUS PILGRIMAGE AND WRITING OF WOMEN
IN CHILE

ABSTRACT: The following paper discusses the travel writing of three Chilean female authors, Amalia Errázuriz, Inés Echeverría (Iris) and Rita Salas (Violeta Quevedo), the specificity of their work and their representational strategies, given the religious sign under which they undertook their pilgrimages to important religious centers in the Middle East and Europe. They construct a voice within a patriarchal framework marked by a silence imposed on women. We shall review the strategies by which they shape their authorship and seek to socially legitimate the transgressions of their writing.

KEYWORDS: pilgrimages, female authorship, self-representation, women's public writing.

El mundo de las escritoras viajeras, sus motivaciones, dificultades y, sobre todo, sus textos, han sido muy poco estudiados en Chile. Salvo algunas investigaciones recientes, que abordan los recorridos de escritoras nacidas en el siglo XIX, como Maipina de la Barra, Inés Echeverría y Amalia Errázuriz¹, apenas se ha dicho nada sobre un tema que en Inglaterra, Estados Unidos, España y países latinoamericanos como Argentina ha sido profusamente tratado (ver Agosín y Levison; Ferrús Antón; Frawley; Marz Harper; Mills; Szurmuk). En el caso de las autoras chilenas que abordaremos, Amalia Errázuriz (1860-1930), Iris (Inés Echeverría Bello, 1869-1949) y Violeta Quevedo (Rita Salas Subercaseaux, 1882-1965), se trata de viajes de carácter religioso: *Mis días de peregrinación en Oriente*, diario escrito por Errázuriz durante sus dos viajes a Tierra Santa —en 1893 y 1894, respectivamente— y que fue publicado sin fecha; *Hacia el Oriente*, de Iris, publicado anónimamente en 1905 y con su nombre en 1917, donde la autora relata, mezclándolas, las dos peregrinaciones que realizó a Palestina en 1900 y 1901; y, finalmente, *El ángel del peregrino*, de Quevedo, quien relató su peregrinación por los lugares santos en Europa (1935). La hipótesis que se planteará es que ellas lograron vadear el silencio impuesto desde el

¹ Cfr. los estudios de Salomone, Arcos, Ulloa y Ramírez incluidos en la bibliografía de este artículo.

discurso hegemónico masculino a través de una escritura que da cuenta de sus viajes. Estos, al ser peregrinaciones, son bien vistos por la sociedad de la época y ello permite que dichas viajeras logren publicar estos textos debutantes.

En los tres casos es evidente que se buscan estrategias de representación muy diferentes de las de los autores varones del período, pero resulta además de interés el hecho de que se utilice como estrategia de autorrepresentación la particularidad de la peregrinación y el nexo entre escritura y espiritualidad. Mientras las autoras en los países vecinos viajan con fines diplomáticos, educativos o mundanos (pensamos principalmente en Argentina o Perú), nuestras escritoras encontrarán una vía expresiva en la representación de la búsqueda religiosa, la que sin duda refleja una indagación en (y sobre todo una reafirmación de) la identidad católica; también, por momentos, una actitud refractaria a los procesos modernizadores. No en vano pertenecieron a la élite social chilena de origen vasco, de fuertes convicciones religiosas, que ponía en la mujer el deber de atender a una serie de normas sociales; entre otras, la realización de sus obligaciones religiosas, como la de la caridad, que fue una ocupación importante de los grupos conservadores en los albores del siglo XX². Por otra parte, el culto, producto de la promulgación de las leyes laicas entre 1883 y 1884, bajo el gobierno de Domingo Santa María (1881-1886), había pasado a ser una cuestión privada mucho antes de que las autoras señaladas emprendieran sus respectivos viajes; la Iglesia comenzaba a tener una menor injerencia en los asuntos públicos, no sin la reacción de los sectores ultramontanos. Es elocuente, en este marco, que la religiosidad haya encontrado un espacio particular en los géneros, por entonces “menores”, de la intimidad, de cultivo principalmente femenino en el Cono Sur durante el período que abordamos y que, a nuestro modo de ver, haya sido utilizado –en parte– por las autoras para encontrar una mejor aceptación de sus textos, principalmente en los casos de Iris y Quevedo, en quienes el solo uso del seudónimo indica en este caso no un encubrimiento, sino más bien la explicitación de una voluntad autoral.

² En este sentido, cabe destacar la intensa actividad que desplegó principalmente Amalia Errázuriz, quien además vivió durante mucho tiempo en Roma, debido a las labores diplomáticas de su esposo en el Vaticano.

Por otra parte, es interesante contrastar estas experiencias literarias con las de otras mujeres que, en ese mismo período, emprendían el llamado *Grand Tour* a Europa, viaje que por muchas décadas fue una forma de iniciación destinada principalmente a los varones de las familias de élite, con diversas connotaciones sociales, que historiadores como Manuel Vicuña y Gabriel Salazar se han encargado de anotar. Alicia Salomone y Carol Arcos discuten la manera en que el perfeccionamiento de los transportes hizo posible el viaje transatlántico para un mayor número de mujeres que viajaban con sus maridos y también solas, viendo en ello la escenificación de “subjetividades en tránsito”, que se escapaban de los dictámenes impuestos socialmente al “ángel del hogar”. Este proceso implicaba la articulación de una “mirada crítica respecto de los discursos ideológicos que limitaban la actividad de las mujeres a la esfera de lo privado y doméstico”, a través de “la comparación entre las realidades locales y lo que las viajeras observan fuera de las fronteras” (Salomone y Arcos), palabras que no ejemplifican lo que ocurre con estas particulares viajeras, las que siguen refiriendo experiencias relegadas –en el nuevo orden político finisecular– al ámbito de lo privado y a una forma de identidad resistente, centripeta.

En el presente artículo abordaremos tales textos, situándolos también desde una perspectiva genérico-sexual, en un análisis comparativo que coteja el único documento escrito por un varón que, durante ese período, haya emprendido un viaje parangonable. Se trata de las *Cartas de Jerusalén*, publicadas en 1897 por el político conservador Carlos Walker Martínez³ (1842-1905), en las que da cuenta de su estadía en Medio Oriente un año antes. Si bien él también escribe sobre una peregrinación, es posible advertir en su relato rasgos que lo distancian de la literatura íntima, la que en Chile se atribuye, en este período, principalmente al quehacer literario femenino⁴. Nos referiremos a ese contrapunto a continuación, para luego

³ Walker Martínez, de profesión abogado, se dedicó a la política, llegando a ser diputado, senador y ministro del Interior, esto último durante el gobierno de Federico Errázuriz Echaurren. Decidido antibalmacedista, militó desde el inicio de su vida política en el Partido Conservador, del cual fue presidente en 1901.

⁴ En su prólogo al *Diario íntimo* de Luis Oyarzún, Leonidas Morales plantea, por ejemplo, que “el diario íntimo, y el tono inconfundible con que se anuncia, aparece en las primeras décadas del siglo XX” y quienes empiezan a escribirlo son mujeres: Lily Íñiguez y Teresa Wilms Montt (9).

precisar algunas ideas sobre los viajes de mujeres —principalmente en el siglo XIX— y los rasgos de la construcción autoral de Errázuriz, Iris y Quevedo, siempre en relación con el viaje religioso.

EL PEREGRINAR DE UN POLÍTICO: MARCAS DE AUTORIDAD

En su libro, Walker Martínez hace públicas nueve cartas que escribió a su esposa Sofía Linares desde Tierra Santa, desde su llegada a Jerusalén hasta el fin de su estadía, ambos hechos bien explicitados en la correspondencia. Así, comienza su primera carta escribiendo: “En fin, ya estoy en Jerusalén, el sueño dorado y la aspiración de toda mi vida. ¡Gracias á Dios!” (1); y cierra la última con las siguientes palabras: “Concluyo mi correspondencia incluyéndote unos versos que completan mis expresiones. Adiós” (273). Los versos a los que se refiere corresponden a un extenso poema titulado “Jerusalén”, que ocupa las últimas cuatro páginas del libro. Al revisar el formato, notamos que efectivamente existen encabezados de carta, en que solo la primera presenta una fecha exacta (“Marzo 1º de 1896”) y la segunda únicamente indica el mes y año. Las misivas están dirigidas a su esposa, a quien en la primera carta indica como “Señora doña Sofía Linares de Walker” para llamarla luego “Querida Sofía”, tratamiento que repite en el resto. Cada carta, además, está firmada en términos similares: “Siempre tuyo Carlos Walker Martínez” (5).

Cada una de las cartas tiene un título, lo que las asimila a capítulos. Algunos de ellos son: “En Jerusalén”, “Los pueblos malditos”, “Jerusalén y sus destinos inmortales”. Esto conduce a otra forma de apreciar el texto, que nos va alejando de una correspondencia de tipo personal: se observan propósitos que van más allá de la comunicación íntima con la familia.

Si tenemos en cuenta que a las mujeres se les hacía difícil siquiera iniciar una vida dedicada a la literatura —en cuyo caso es entendible que muchas optaran por escribir diarios o cartas—, nos preguntamos cuál es la razón de esto en el caso de Walker Martínez, quien además había iniciado una carrera literaria varios años antes⁵ y, para cuando fue publicado el libro,

⁵ En 1866 estrenó la obra *Manuel Rodríguez*. Publicó versos, principalmente, en torno a la década de 1870.

era reconocido en Chile por una larga trayectoria política. Al respecto, hay varias posibles respuestas.

En primer término, al leer las cartas nos damos cuenta de que no hay menciones de carácter personal; el autor no pregunta por su familia ni su país, ni tampoco hace referencia a respuestas que hubiera recibido de su esposa. Solo en la última se referirá a una consulta realizada por ella: “Al amigo que por tu conducto me pregunta si el placer de visitar á Jerusalén corresponde á los sacrificios que impone el viaje, le contestarás con la lectura de esta carta” (259). Vemos que la consulta de la esposa no es de carácter íntimo, tampoco la carta de respuesta, ya que ella puede leerla a un tercero, por mandato del remitente. Pero también hay un aspecto instrumental, pues abordar esta pregunta le permite al autor profundizar sobre el carácter especial que debe tener el viajero que parte a Jerusalén; como veremos también en las autoras analizadas en este artículo, él considera que Tierra Santa no es lugar para turistas, sino para viajeros con “espíritu cristiano” (259). En ese sentido sostiene: “El turista no encontrará aquí sino unas ruínas [sic] desagradables, calles estrechas y sucias, y no más!” (266). Añade más adelante, en contraposición: “Yo creo que para venir á la Palestina no basta traer el cuerpo y los ojos: es necesario traer el alma!” (271). Este viajar con el alma no implicará solo ser un cristiano devoto, sino estudioso, por lo cual habrá que ir “medianamente preparado con cierto grado de ilustración y alguna lectura. La ignorancia aquí, como en todas partes, es un fardo que aplasta. Una pequeña y escogida biblioteca basta para el caso” (271). Luego de mostrar cuál es su caracterización del peregrino y del turista y de haber leído las cartas, vemos que se describe a sí mismo, por cuanto estas no son el relato anecdótico de su estadía en Jerusalén⁶ —de hecho, la mayor parte de las veces desconocemos qué ha hecho—, sino la elaboración de un texto político-religioso. En efecto, las misivas incluyen largos relatos sobre las escrituras que logra ir recordando en presencia de los sitios históricos, así como también alusiones a autores en boga, cual es el caso de un importante referente literario: René de Chateaubriand, en su *Itinerario de París a Jerusalén* (1811).

⁶ Walker Martínez lo explicita en su primera carta: “Me excusaré de referirte punto por punto mis excursiones á los lugares sagrados que me preparo á visitar, porque en cualquier libro que halles á mano sobre la Palestina, encontrarás lo que yo podría contarte, repitiendo lo que mil otros han escrito” (4).

Walker Martínez no se contenta con recordar, esbozando también reflexiones en torno al ser cristiano y sobre el presente político de la zona. Recordemos que no existía el Estado de Israel, y él se lamenta en forma constante de que lugares que considera puros estén bajo dominio árabe: “¡Los santuarios cristianos en poder de los musulmanes! ¡La hija de David convertida en un montón de ruinas inmundas! ¡Sus calles llenas de mendigos y las puertas de sus murallas almenadas llenas de leprosos!” (7)⁷. En *Cartas de Jerusalén* podemos ver que, aunque en lo formal sean misivas, el texto tiene otra intención. En un principio esta aparece de manera ambigua, cuando Walker Martínez escribe a su esposa: “En mis cartas voy a volver sobre materias que muchas veces he tratado contigo, y su mérito será que ahora mis reflexiones llevan consigo la autoridad de mis ojos, que han visto lo que afirmo” (4). Destacamos en primer lugar el hecho de que utilice el concepto de *autoridad* –en este caso de testigo presencial– para dotar a su texto de validez. Él ha reflexionado sobre Jerusalén y parte a corroborar sus reflexiones en el lugar de los hechos, lo que de por sí le conferiría, en su opinión, una potestad especial. Ya hemos visto, además, que esto es refrendado por su calidad de peregrino ilustrado. En segundo lugar, cabe preguntarse cuál es el destino de las cartas entonces, y pareciera que no es establecer una comunicación íntima que concluya en su cónyuge: “Me reduzco a ser vulgarizador de ideas buenas, cuya propaganda creo de utilidad para los míos” (5). En la sentencia anterior, el autor comienza apelando a la humildad de sus reflexiones, por cuanto solo expondrían lo que otros ya han dicho antes; sin embargo, esa presunción de humildad se irá resquebrajando hasta que en la última carta se manifieste como el peregrino ilustrado. Además, da cuenta de que las cartas tienen por objetivo ser leídas por otros más allá de su esposa –su familia asumimos– debido al tratamiento que utiliza (“los míos”). Está en veremos si ya tenía pensada la publicación de su correspondencia en un formato libro, que naturalmente sobrepasaría la recepción familiar.

La pretensión de autoría la encontramos también en el capítulo “El diario de la vida pública del Salvador”, en el cual Walker Martínez confiesa su verdadera ambición literaria: “Hace algunos años que empecé

⁷ Estas lamentaciones se repiten en los textos de Amalia Errázuriz e Inés Echeverría. Verónica Ramírez aborda específicamente la fobia de esta última a los musulmanes en un artículo reciente.

á escribir un librito, que mis incesantes trabajos profesionales y políticos me obligaron á abandonar después, con harto sentimiento mío” (221). Dicho *librito*⁸ es el diario de la vida pública de Cristo, esto es, su plan es escribir la vida de Jesús en el formato de un relato de viajes, para lo cual reconoce que debe hacerse una “estricta investigación” (224). Tendríamos que suponer que parte de la motivación de ir a Jerusalén era recabar información para escribir ese diario. Si bien Walker no lo sostiene explícitamente, sí refiere que se ha dado cuenta de que investigar requiere más tiempo del que suponía y que no podrá llevar a cabo la obra que tiene pensada: “Y pues ya no he de tener tiempo de concluir mi librito” (224). Luego añadirá: “Abandono con sentimiento mi antiguo propósito... La misión que me ha tocado en suerte ha sido otra; la vida activa, vigorosa, apasionada de la política se aviene mal con esta clase de estudios; y solo se pueden hacer por momentos, en viajes, como excepción de otros y más primordiales deberes” (246). Por tanto, no abandona el proyecto por incapacidad, sino porque su labor primera es otra, escribir “un librito” no es más que un pasatiempo. En ese sentido, se ajusta la decisión de publicar *Cartas de Jerusalén*, en las que da cuenta de su reflexión religioso-política de la zona y, además, se excusa de hacer una escritura mayor⁹, esto es, el texto ficcional en que la narración asumiría la perspectiva nada menos que de Cristo. Su elección del formato carta, entonces, no parece reflejar un problema de validación autoral —como sería la temática en las mujeres viajeras—, sino de establecer que la escritura llevada a cabo es para él una actividad secundaria.

Walker Martínez es el representante del discurso hegemónico masculino: tiene confianza en su autoría, en su posición social y política y también posee libertad para decidir si quiere o no escribir. Si hubiese que leer esta historia de otra forma, nos fijaríamos, quizás, en esa destinataria muda de sus cartas, la esposa que se queda en casa, esperando su regreso.

⁸ Nuevamente el autor se resta méritos como tal, al utilizar el diminutivo “librito”. Parece apelar a una condición de novato en el área, o bien, a que la escritura es un pasatiempo más que una labor principal.

⁹ Sin perjuicio de lo anterior, en este capítulo Walker Martínez realizará un detallado bosquejo del plan de escritura del diario de la vida pública de Cristo.

EL SILENCIO DE PENÉLOPE Y LA VOZ DE LAS VIAJERAS

El texto de Walker Martínez revela no solo las pretensiones de su autor; entraña también la decidora ausencia de su esposa. Como se ha dicho, apenas hay signos de un diálogo en estas cartas, que bien pudieron ser editadas así por el esposo. Sofía Linares, perteneciente a la oligarquía boliviana, hija del dictador José María Linares, es la destinataria nominal de los textos, pero en realidad se podría decir que ellos constituyen prácticamente crónicas, a veces ensayos, en que el diálogo propio del género epistolar ha sido elidido. Sofía Linares ocupa, como muchas mujeres de su condición social, un lugar subordinado, el que se expresa en ese silencio. Solo es posible imaginarla cumpliendo el papel cultural y simbólicamente asignado para ella: el de Penélope.

Como consigna Karen R. Lawrence, el viajero ha sido tradicionalmente visto y estudiado con signo masculino —un ejemplo evidente, en las culturas tradicionales y los cuentos populares, es el del viaje iniciático, realizado principalmente por varones—, mientras que las mujeres han sido estudiadas a partir de la imagen de Penélope, quien teje y espera el regreso de Ulises. Para Lawrence, no es que las mujeres no hayan viajado, sino que el estudio sobre sus viajes —y las escrituras derivadas de estos— han sido pobres. Por eso ella se pregunta: “What happens when Penelope voyages?” (x) y destaca que es preciso observar cuáles son los discursos y mapas que las mujeres utilizan en sus viajes, asumiendo, sí, que estos son diferentes a los utilizados por los viajeros masculinos. Siguiendo esa línea, han sido las miradas feministas las que han buscado leer a las mujeres viajeras como “transgressive characters”, según apunta Heidi Slettedahl Macpherson (198). Al respecto, la autora propone que la decisión que toman estas mujeres de viajar —y recordemos que nuestras tres estudiadas lo hacen más bien solas— indica que hay una resistencia a las estructuras que las limitan en su entorno. En ese sentido, el abandonar la figura de Penélope, dejar de esperar. Salir al mundo siempre constituye un paso transgresor.

Es necesario considerar este contexto si se quiere ahondar en la construcción social e histórica del viaje y la experiencia de la mujer viajera, construcción que debe ser abordada, a juicio de autoras como Sara Mills y Kristi Siegel, desde estas especificidades, particularmente cuando del viaje deriva una escritura. En este sentido, Siegel es enfática en señalar que solo muy pocas viajeras a lo largo de la historia han podido plasmar sus

pensamientos y vivencias por escrito y menos aún ser leídas por sus propios contemporáneos. Si esto es así en Europa o Estados Unidos, en América del Sur y específicamente en Chile parece incluso más cierto, dado el carácter conservador de las clases dirigentes y el lento arribo de la mujer al ámbito profesional de la literatura. Solo han llegado hasta nosotros escasos textos escritos por mujeres pertenecientes a esa élite económica y cultural, a quienes sus contemporáneos probablemente miraron con extrañeza. No en vano José Toribio Medina escribía, en 1923, que las mujeres chilenas, en su condición de “latinas”, eran “poco aficionadas a viajar”:

[B]ien sea por efecto de su educación, bien porque siempre han preferido los goces tranquilos de su hogar a las emociones de correr aventuras, bien porque las que hubieran podido hacerlo han carecido de los medios para ello. Si todo esto fuera cierto, tendríamos que consignar como una de las características de la diversidad de sexos entre hombres y mujeres en Chile, que éstas se apartaban en absoluto de la nota de andariego, que tan justamente se aplica a nuestro pueblo (181).

El “pueblo” al que se refiere Medina, que es el del andariego, del “roto” –imagen identitaria estereotipada, de carácter popular, que tiene su origen en las guerras limítrofes libradas por Chile en el siglo XIX– no puede estar más distante de estas mujeres viajeras, confinadas al espacio doméstico no solo por su sexo/género, sino también por las fuertes constricciones a las que eran sometidas por su propia clase social. Aquello de que la mujer chilena prefería “los goces tranquilos de su hogar” (181) constituye, por otro lado, un ejemplo del discurso hegemónico –el discurso de Penélope– en torno a la cuestión del viaje. Y no solo en Chile.

Beatriz Ferrús refiere cómo el papel de viajera-escritora “amenaza y rescribe el lugar de la Ley, sobre el que se sustentan los procesos imperial-nacionales. La mujer, en tanto madre simbólica de la patria, debe quedar confinada a un espacio doméstico, encerrada en las fronteras de la nación” (21). Amalia Errázuriz, Iris y Violeta Quevedo transgreden esas fronteras, ocupando, simbólicamente, un lugar opuesto al de Sofía Linares, no sin dificultades. Por muy “menor” que resultara el ejercicio de la memoria privada en diarios íntimos o cartas, su publicación y sobre todo la recepción de sus lectores (principalmente varones, quienes además podían ejercer exclusivamente la crítica) no dejaba de ser un problema “mayor”: las escritoras intervenían con sus libros en un espacio público que seguía

siendo primordialmente masculino, transgresión que se suma a la de viajar por cuenta propia. Como observa también Ferrús, este desacato muchas veces era castigado poniendo en duda la veracidad de los hechos relatados: se tacha “no sólo de sospechosa, sino de mentirosa, toda hazaña femenina” (25).

En lo que respecta a los textos de estas peregrinas, su carácter religioso ciertamente atenúa el atrevimiento de la escritura. Es significativo que las tres autoras escriban un primer libro precisamente con este tema, que parece aceptable desde el punto de vista de la recepción masculina, para mujeres de su condición social y formación. Con ellos –como las mismas viajeras se encargan de subrayar, orientados a una búsqueda espiritual– fue que iniciaron sus travesías literarias.

PEREGRINAS: UN EJE DE LA CONSTRUCCIÓN AUTORAL

En el campo literario finisecular, donde comenzaba a operarse un importante proceso de autonomización y profesionalización, estas autoras necesitaron tender un lazo hacia el lector, de manera que este hallara en sus textos –en el acto de escribir y publicar– algo más (o algo menos) que un ego absurdo y reprochable: la comunicación humilde, profunda, de quien desea establecer un lazo espiritual, muy lejos de la vanidad tradicionalmente asociada al género autobiográfico, nacido, históricamente, en un período de tiempo y un espacio social dominados por el varón (blanco y europeo). A este respecto, el crítico argentino José Amícola ha escrito sobre la transgresión que implica la escritura autobiográfica de mujeres:

Sería importante acotar (...) que la dosis de soberbia que implica escribir una A[utobiografía] habría de tener todavía un significado más complejo en el caso de que quien la escribiera fuera una mujer, dado que la posición de subordinada en la cultura les ha venido impidiendo, hasta hace muy poco tiempo, a las autoras afirmarse en el seno de una sociedad determinada del modo en que lo ha podido hacer el varón como derecho propio (59).

Los diarios de viaje constituyen una forma de escritura autobiográfica con sus propias singularidades. En los casos que estudiamos, solo una de las autoras publica un texto que es propiamente “diario”, Amalia Errázuriz,

quien deja consignadas las fechas de sus intervenciones. Iris funde en unas memorias las observaciones escritas diarísticamente en dos viajes distintos, sin distinguirlos. En el caso del texto de Violeta Quevedo, nos encontramos frente a breves capítulos subtítulos, en que se abandona también el registro diario para referir las anécdotas correspondientes a cada uno de los lugares visitados.

Si nos detenemos en el breve libro de Quevedo, hallaremos, además, que la autora explicita el objetivo de publicarlo y de que si fue escrito, fue para comunicarlo a un público lector; sin embargo, la justificación que la autora presenta no tiene relación con un papel profesional de escritora, sino que se mantiene en el ámbito espiritual, echando mano a una razón más moral que literaria y explicitando que no es el ego personal el que se esconde detrás de la firma de autora: “Tantos acontecimientos verdaderamente prodigiosos no deben quedar en el olvido (...) A ello me lleva no la vanidad, sino la gratitud que debo a la divina Providencia por sus múltiples favores, otorgados en nuestro viaje por las tierras de Europa” (3).

Kristi Siegel dice sobre las mujeres viajeras: “Most early travel writing began with an apology (e.g., for writing in the first person, for engaging in such inappropriate activity, for bothering the reader with their trivial endeavors, and so forth) that, again, affirmed their status as ladies and also served to reassure readers they would not be competing with men”¹⁰ (3). Ya hemos visto que Violeta Quevedo sostenía que su intención con *El ángel del peregrino* no era convertirse en escritora, sino aportar a la fe de sus lectores. Sin embargo, hay detrás de esto una estrategia, o un mecanismo de defensa más o menos consciente. Esto se deja ver cuando escritoras como ella dejan oír otra voz, la de quien sí se considera una autora. Así se evidencia en un episodio relativo a Quevedo, contado por el poeta Eduardo Anguita. En ese episodio, Anguita le pregunta quién es la autora Violeta Quevedo: “Orgullosa, infantil y con radiante sonrisa en los ojos, se mostró a sí misma, golpeándose sonoramente con las palmas el pecho: ‘¡Yo!’”

¹⁰ “La mayor parte de las escrituras de viaje tempranas comenzaban con una disculpa (p. ej., por escribir en primera persona, por involucrarse en una actividad tan inapropiada, por molestar a los lectores con sus esfuerzos triviales, y más) que, de nuevo, afirmaba su estado como damas y también servía para tranquilizar a los lectores de que ellas no estaban compitiendo con los hombres”. Traducción propia.

(248). Además *El ángel...* fue el primero de una seguidilla de libros que Quevedo publicó, apareciendo el último apenas un año antes de su muerte (*Saliendo del abismo y no sé más*, 1964). Por su parte, Inés Echeverría siguió escribiendo y publicando. Editó otro texto en formato de diario, *Entre dos siglos* (1937), sobre el cual Patricia Espinosa escribe que “aquella escritura, aunque íntima como requiere todo diario, tenía la intención de llegar a un lector. El diario fue escrito así, pensando en otro, en un destinatario al cual presentarse de la forma más veraz posible” (134). Quizás sea solo en el caso de Amalia Errázuriz que encontremos una autora ligada realmente a la esfera religiosa, cuyas obras siguientes continuaron en la línea iniciada en su diario, el único que por lo demás se detiene realmente en las rutinas religiosas llevadas a cabo durante el viaje, realizado en el barco “Notre Dame de Salut”.

Es preciso volver a la condición debutante de estos textos, sobre lo cual ya hemos propuesto algunas ideas, que procuran atender al complejo tramado de la autoría femenina en el siglo XIX y comienzos del siglo XX. La construcción de una imagen de autor(a) “presupone formas de identidad y personalización de los sujetos sociales cuyos mecanismos generales están más allá del campo de la producción literaria (aunque se reinscriban dentro de modo específico)” (Altamirano y Sarlo 65), lo que se traduce en ciertas formas de interacción que, en un estudio sobre el folletín en la escritura de mujeres del siglo XIX, Carol Arcos ha descrito como “no solo la atribución de un nombre, sino las redes de poder/saber en las que se traman ciertas rúbricas que ‘autorizan’ o ‘legitiman’ la atribución o autoridad de la escritura” (32-33), con ello también las estrategias con que las autoras logran posicionar un discurso. Mágara Russotto hace hincapié en las dificultades que encuentra la escritora para iniciar y sostener una obra literaria, la que por lo general en ese período se repliega, como ya se ha dicho, a la esfera íntima de la literatura: diarios y cartas, pero también —como arroja un rápido examen al libro de José Toribio Medina— a la creación de carácter religioso (novenas, himnos, sermones, entre otras formas escriturales¹¹), que en el decir de este historiador, resultaba muy natural en nuestro medio: “Es verosímil (...) que las primeras muestras de

¹¹ Creaciones que el compilador coloca en un lugar menor: “la enseñanza de los dogmas católicos o de las prácticas religiosas en general, bien se comprende, es obra de los sacerdotes, de tal modo, que no puede esperarse que en esa materia hayan podido

cultura de las mujeres entre nosotros se produjeran en el orden religioso, que entonces predominaba, como es de suponerlo, sobre toda otra manifestación en nuestra sociedad, heredera inmediata de la colonia” (67).

Carol Arcos se refiere al “imaginario moralizante” que sanciona, en la segunda mitad del siglo XIX, la escritura pública de mujeres, la que debe aparecer necesariamente tutelada por alguna figura de autoridad masculina para no poner en riesgo, dice Arcos, el honor familiar. En el caso de estas viajeras, esa figura es difusa –solo Amalia Errázuriz se refiere, en su segundo viaje, a la compañía de hijos varones y al esposo, que la ha antecedido y la espera en Jerusalén¹²–, pero esa protección simbólica pareciera desplazarse al tramado religioso. Sobre todo Iris y Quevedo se cuidan de señalar que sus viajes están lejos de ser travesías mundanas, justificando sus textos como un modo de compartir con los demás la fe, buscando propiciar un acercamiento a la religión: “He ahí la razón de este mi libro –escribe Quevedo–. Agradecer y al mismo tiempo aportar mi granito de arena para el robustecimiento cada vez mayor de la fe de las personas que, confiadas, se echan en brazos de la Providencia” (3-4).

Por otra parte, las tres autoras realizan sus travesías en el contexto de grupos de peregrinos más amplios, tal vez como una forma de resguardarse del peso de viajar solas, o bien por las dificultades que imponían las travesías, especialmente las realizadas a Tierra Santa. El propio Walker Martínez da pistas sobre el carácter del viaje realizado por Errázuriz e Iris, dirigidas por misioneros asuncionistas, orden fundada en el siglo XIX que supo entrever la necesidad de utilizar los nuevos medios de transporte y comunicación para hacer difusión de la fe. A diferencia de las escritoras, Walker Martínez viajó solo y se hospedó con monjes franciscanos, describiendo de este modo la experiencia del viaje emprendido por la mayoría de sus compatriotas:

Los padres agustinos de la Asunción se han puesto al frente de las peregrinaciones que se vienen haciendo periódicamente en los

nuestras mujeres realizar algo de muy notable” (68), si bien consigna un gran número de obras en este apartado y destaca a un par de autoras por sobre las demás.

¹² En su segundo viaje, realizado en 1894, la han acompañado sus hijos, entre ellos quien llegaría a ser el sacerdote y pintor Pedro Subercaseaux, quien ilustró el diario de viaje escrito por su madre y entonces contaba con apenas 14 años.

últimos años; y al efecto, tienen un vapor propio, *Nuestra Señora de la Salud*, para organizarlas y llevarlas á su destino en condiciones sumamente económicas y ventajosísimas. Suelen venir trescientos, y cuatrocientos peregrinos (268).

Del grupo de autoras destaca el caso de Quevedo, por cuanto aunque comienza el viaje como una más de un grupo de peregrinos, en forma temprana se separará de ellos; parte del viaje continuará en compañía de su hermana, pero el relato deja traslucir que la mayor parte lo realiza sola, especialmente su desvío a Inglaterra en busca de una paz que no encuentra en Francia. Ciertamente, Quevedo es la que escribe más de lleno en la modernidad, hacia la década de 1930, pero también es la que viaja con más edad (y según ella, con muy escasos recursos), a los 50 años.

Conscientes, pues, de que el viajar solas podía ser visto como una afrenta a las convenciones sociales, estas autoras emplearon en sus textos una retórica de la disculpa, que matizaba su intromisión en los espacios que les estaban prácticamente vedados: el viaje en solitario y por cierto, también, la escritura. Las tres exaltan, de hecho, la diferencia entre esa forma de viaje tan arraigada en el mundo católico, que es la peregrinación (la que ocupa un lugar importante en el imaginario cristiano, como metáfora de la difícil marcha del cristiano hacia su salvación), y otra forma de viaje que, en efecto, comenzaba a perfilarse claramente en el mundo europeo: el turismo. Ciertamente, si los viajes eran tan masivos como los describe Walker Martínez, el deseo de diferenciar y dar realce a la propia experiencia podía ser también algo inevitable, necesario. Es así como cada una de las autoras da testimonio de esa diferenciación:

Pues no iría yo en viaje de curiosidades; iría, por devoción, á rendir mi homenaje al Dios hecho hombre, visitando y palpando con los sentidos del cuerpo y del alma lo que El había santificado con su presencia en la tierra del dolor.

Mi viaje sobrepasó, después, en goce espiritual, á todo lo que había esperado. El goce es expansivo; y por eso no puedo dejar de comunicarlo; por eso trato de expresar en estas páginas mis mejores impresiones y mis más gratas ideas nacidas en los días de peregrinación (Errázuriz 5).

Ya había insinuado a mi hermana la idea de realizar un viaje, inútilmente. Pero esta vez se trataba de una peregrinación. El deseo de satisfacer el deseo de ambas y la necesidad que tenía de

distraerme, por la muerte de mi padre, nos movieron a emprender el viaje (Quevedo 4).

Iris, quien escribe el texto más audaz en términos literarios, haciendo profusión de ironías y metáforas para narrar su paso por Oriente, ilustra aún más claramente las diferencias existentes entre estos dos tipos de viajeros:

Los que buscan el movimiento para sacudir la monotonía de su vida, que salen de su país tras de cosas nuevas ó maravillosas que les hagan huir de sí mismos, ávidos de panoramas fantásticos, de costumbres extrañas que disipen el tedio en que se consume su vida ociosa; y los viajeros que buscan en los países que recorren la expansión de su propia vida interior, que no van á pedir a los horizontes aspectos que les diviertan sino emociones que alimenten su existencia íntima (VII – VIII).

En esta última cita se advierten rasgos que Bernardo Subercaseaux ha planteado como de época, relacionados con el espiritualismo de vanguardia, que marcó no solo la escritura de Iris, sino también de otras escritoras y algunos escritores del período, en orden a resaltar la nobleza de ciertas formas de experiencia en oposición a otras, en un planteamiento jerárquico que desprecia el materialismo. Pero también es dable advertir en ella la justificación y exaltación de su propio viaje, en un relato que permanente destacará la condición de peregrina de la autora.

Es notable que ya en su breve recuento de la literatura de viajes escrita por mujeres en Chile¹³, José Toribio Medina hiciera eco, en los casos de

¹³ Ese breve listado esbozado por Medina incluye el libro *Mis impresiones y mis vicisitudes en mi viaje a Europa. Pasando por el Estrecho de Magallanes. Y en mi escursión a Buenos Aires pasando por la Cordillera de los Andes*, de Maipina de la Barra (1878), texto que ha sido recientemente analizado en una exhaustiva tesis por la historiadora Carla Ulloa, quien además encabezó la reedición de este libro en Cuarto Propio (2013). También ha sido estudiado por Alicia Salomone y Carol Arcos. Se suma a él un diario de viaje de Clara Migone (1906), una carta abierta de Rafaela Casas (1915) y los textos de Errázuriz e Iris. En el caso de la primera, a su diario por el Oriente se suma otro, sobre su estadía en Roma, y en el de Iris, a su texto *Hacia el Oriente* Medina suma *Tierra Virgen*, de 1910. Iris ocupa un lugar central: es de la única que puede citar al menos una recensión crítica aparte de la suya propia.

Errázuriz e Iris, del carácter espiritual de los textos, siguiendo en esto a las propias autoras: “ambas animadas, más por el deseo de comunicar sus impresiones religiosas (...) en las jornadas que hicieron a Tierra Santa o a Roma, que por el de referir aventuras inherentes a los que recorren países lejanos” (182). Pero hay que decir aquí que, si bien hay una impronta religiosa muy tangible en Amalia Errázuriz, Iris se escapa de esta caracterización, en la medida en que su escritura insinúa ya cierta heterodoxia religiosa¹⁴ y también ciertos rasgos de modernidad literaria, con una escritura más cercana a la crónica periodística (por ejemplo, en la detallada descripción de los lugares de culto en Jerusalén, que buscan transmitir una experiencia sobre todo visual). Con una mirada irónica, más propia del cronista de viajes, irá construyendo una voz propia y un personaje, el que se diferencia y destaca entre los torpes, provincianos viajeros españoles, los exóticos viajeros brasileños o los metódicos viajeros ingleses.

Llama la atención especialmente su fijación por una viajera inglesa de apellido Livingston, apellido que puede ser incluso un guiño de la autora a la literatura de viajes de ese país y en particular a uno de los exploradores y escritores más famosos: David Livingstone. La describe como una viajera profesional, “aquella inglesa sin edad, ni sexo, como dijo un poeta, que realiza religiosamente cada año la gira ‘abroad’, con el último Baedeker en mano” (249). Si bien esta viajera es por su exactitud, cientificismo y puntualidad una aparente imagen inversa de Iris, es la única otra persona que escribe a lo largo del viaje:

Apunta en su cartera el dato preciso que vendrá á aclarar y á dar rumbo a mis ideas cuando en la noche tome pluma para ordenar mis impresiones; mientras yo, en el paroxismo del entusiasmo, me abandono á las ideas múltiples y exquisitas que los sitios me inspiran, Miss Livingston recoge datos positivos sobre la antigüedad del monumento, su estilo, el episodio histórico de que fue teatro, etc.... (249-250).

El afán nominalista de la viajera inglesa –afán que Mary Louise Pratt asocia a una mirada colonialista– si bien en las antípodas de la actitud

¹⁴ Dicha heterodoxia se refleja en su tratamiento del viaje a Egipto y su valoración de las creencias antiguas, lo que ya deja entrever las marcas de la teosofía, a la que adherirá plenamente en su madurez.

espiritualista de Iris, resulta ser el complemento para su escritura, que la autora misma descalifica en cuanto “literatura de viajes” (género en el que destacaron las escritoras inglesas decimonónicas): “Si hubiera podido yo reunir su exactitud a mis emociones, este libro habría resultado un buen diario de viaje, desgraciadamente, entonces menos que nunca supe el mes, ni el día, ni la hora en que vivía...” (284).

Lo curioso del asunto es que en tanto Iris enfatiza su efusividad emocional y exaltación mística (sobre todo en su contemplación del apocalíptico Valle de Josafat), será este, precisamente, uno de los aspectos más criticados de su escritura. Así escribe el crítico y sacerdote Emilio Vaisse (Omer Emeth): “Iris desea definirse como escritora, pero no es más que un espíritu de pacotilla, mercadería de un bazar parisién, ambigua, con emotividades excesivas y variedades innumerables” (cit. en Echeverría, *Agonía* 127). Se puede ver en el comentario el resbaladizo piso que hollaban ella o Violeta Quevedo, al procurar armarse literariamente a través de un tema que, si bien por un lado las protegía, podía ser también causa de duras críticas y cuestionamientos por parte de los lectores varones, las autoridades que examinaban sus textos.

CONCLUSIONES

La construcción de la autoría en los textos analizados presenta particularidades como la elección de un género referencial para escribir sus experiencias y de un tema aceptable socialmente, como el peregrinaje. Los textos de Amalia Errázuriz, Iris y Violeta Quevedo comparten otros elementos que se podrían analizar más en detalle, tarea que, de hecho, hemos emprendido en otros espacios (cf. Amaro; Mayne-Nicholls). Con respecto a los puntos tratados aquí, y teniendo en cuenta las singularidades de cada uno de los textos, hemos podido esbozar los elementos de un escenario particularmente tensionado por cuestiones políticas y religiosas; en ese escenario, estas mujeres buscaron darle a sus voces un espacio admisible, canalizando sus legítimas inquietudes religiosas. En el caso de Iris y Violeta Quevedo, vemos que estos libros fueron el inicio de una trayectoria literaria, en la que las autoras fueron abriéndose paso en un campo marcado por la presencia masculina. En este sentido, recordemos que Violeta Quevedo publicó una decena de diarios sobre sus viajes y

vicisitudes, no escapando nunca del formato que iniciara con *El ángel del peregrino*. El caso más destacable es el de Iris, quien llegó a profesionalizar su labor escritural, expandiendo los formatos de publicación a las novelas, y también realizando una interesante labor periodística. Los tres relatos evidencian el esfuerzo y la necesidad de las mujeres de la época finisecular y comienzos del siglo XX por terminar con el discurso de Penélope: poder viajar y no solo eso. Compartir también sus experiencias como parte de un proceso de construcción autoral.

BIBLIOGRAFÍA

- AGOSÍN, MARJORIE Y JULIE LEVISON. *Magical sites: women travelers in 19th Century Latin America*. New York: White Pine Press, 1999. Impreso.
- AMARO, LORENA. “Una experiencia centrípeta: construcción de la autoría, modernidad y espiritualismo en *Hacia el Oriente*, de Inés Echeverría Bello”. Ponencia presentada en las XI Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y VI Congreso Iberoamericano de Estudios de Género”, Universidad Nacional de San Juan, Argentina, septiembre de 2012.
- ALTAMIRANO, CARLOS Y BEATRIZ SARLO. *Literatura/Sociedad*. Buenos Aires: Hachette, 1983. Impreso.
- AMÍCOLA, JOSÉ. *Autobiografía como autofiguración. Estrategias discursivas del Yo y cuestiones de género*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo, 2007. Impreso.
- ANGUITA, EDUARDO. “Violeta Quevedo, escritora paradisíaca”. *Las antenas del destino*. Violeta Quevedo. Santiago: Talleres de la Imprenta Imperio, 1951. Impreso.
- ARCOS, CAROL. “Novelas-folletín y la autoría femenina en la segunda mitad del siglo XIX en Chile”. *Revista Chilena de Literatura* 76 (2010): 27-42. Impreso.
- DE LA BARRA, MAIPINA Y ULLOA, CARLA (Estudio preliminar, transcripción y modernización ortográfica). *Mis impresiones y mis vicisitudes en mi viaje a Europa pasando por el Estrecho de Magallanes y en mi excursión a Buenos Aires pasando por la cordillera de Los Andes*. Reedición crítica del original de 1878. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2013. Impreso.
- EHEVERRÍA, INÉS. *Hacia el Oriente. Recuerdos de una peregrinación a la Tierra Santa*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1917. Impreso.

- _____ “Hacia el Oriente”, Revista *Zig-Zag*, 1905-1964. 59 v. n° 60 (8 abr. 1906). Visitado el 12 de octubre de 2012. http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0010828. Digital.
- _____ *Memorias de Iris*. Santiago de Chile: Aguilar, 2005. Impreso.
- ECHVERRÍA, MÓNICA. *Agonía de una irreverente*. Santiago de Chile: Sudamericana, 1997. Impreso.
- ERRÁZURIZ, AMALIA. *Mis días de peregrinación en Oriente*. s.l: s.e., s.a. Impreso.
- ESPINOSA, PATRICIA. “La subjetividad nómada de Inés Echeverría Bello: Entre dos siglos (diario íntimo)”. *Inti, Revista de literatura hispánica* 65-66 (2007): 133-151. Impreso.
- FERRÚS ANTÓN, BEATRIZ. *Mujer y literatura de viajes en el siglo XIX: Entre España y las Américas*. España: Biblioteca Javier Coy D’Estudis Nord-Americans de la Universitat de Valencia, 2011. Impreso.
- FRAWLEY, MARIA H. *A wider range. Travel writing by women in Victorian England*. Rutherford: Fairleigh Dickinson University Press, 1994. Impreso.
- LAWRENCE, KAREN R. *Penelope voyages. Women and travel in the British literary tradition*. New York: Cornell University Press, 1994. Impreso.
- MARZ HARPER, LILA. *Solitary travelers. Nineteenth-Century women’s travel narratives and scientific vocation*. Madison-Teaneck: Fairleigh Dickinson University Press, 2001. Impreso.
- MAYNE-NICHOLLS, ALIDA. “Violeta Quevedo en *El ángel del peregrino*: una tensión entre la condición de peregrina y el contexto moderno de su periplo religioso”. Ponencia presentada en las XI Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y VI Congreso Iberoamericano de Estudios de Género”, Universidad Nacional de San Juan, Argentina, septiembre de 2012.
- MEDINA, JOSÉ TORIBIO. *La literatura femenina en Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1923. Impreso.
- MILLS, SARA. *Discourses of difference: an analysis of women’s travel writing and colonialism*. London: Routledge, 1991. Impreso.
- MORALES, LEONIDAS. “El Diario de Luis Oyarzún”. *Diario íntimo*. Luis Oyarzún. Santiago de Chile: Departamento de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, 1995. Impreso.
- PRATT, MARY LOUISE. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: FCE, 2010. Impreso.

- QUEVEDO, VIOLETA. *El ángel del peregrino*. Santiago: Escuela Tipográfica La Gratitude Nacional, 1935. Impreso.
- _____. *Las antenas del destino*. Santiago: Talleres de la Imprenta Imperio, 1951. Impreso.
- RAMÍREZ, VERÓNICA. “Hegemonía occidental sobre el mundo. Los relatos de dos viajeras chilenas en Oriente”. *Revista Chilena de Literatura*, Sección Miscelánea, abril de 2010. Visitado en abril de 2012. <http://www.revistaliteratura.uchile.cl/index.php/RCL/article/viewFile/9131/9133>. Digital.
- RUSSOTTO, MÁRGARA. “Presentación”. *La ansiedad autorial. Formación de la autoría femenina en América Latina: los textos autobiográficos*. Mária Russotto (compilación y edición). Caracas: Equinoccio, 2006. Impreso.
- SALAZAR, GABRIEL. *Historia contemporánea de Chile*. Vol. 5 *Niñez y juventud. Construcción cultural de autores emergentes*. Santiago: LOM, 2002. Impreso.
- SALOMONE, ALICIA Y CAROL ARCOS. “Autoría, espiritualismo y educación femenina en el relato de viajes de Maipina de la Barra (1878)”. Ponencia presentada en el Simposio “Redes, alianzas y afinidades. Escritura de mujeres en América Latina”. Universidad de los Andes, Bogotá, octubre/noviembre de 2011.
- SIEGEL, KRISTI. *Gender, genre, and identity in women’s travel writing*. New York: Peter Lang Publishing, 2004. Impreso.
- SLETTEDAHL MACPHERSON, HEIDI. “Women’s travel writing and the politics of location: somewhere in-between”. *Gender, genre, and identity in women’s travel writing*. Kristi Siegel, ed. New York: Peter Lang Publishing, 2004. 193-208. Impreso.
- SZURMUK, MÓNICA. *Women in Argentina: early travel narratives*. USA: University Press of Florida, 2000. Impreso.
- SUBERCASEAUX, BERNARDO. “Estudio preliminar. Su obra y significación”. *Alma femenina y mujer moderna*. Santiago: Cuarto Propio, 2001. 11-32. Impreso.
- ULLOA, CARLA. “Crítica social y gestión cultural de una viajera sudamericana: Maipina de la Barra (1834-1904)”. Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2012. Impreso.
- VICUÑA, MANUEL. *La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*. Santiago: Sudamericana, 2001. Impreso.

WALKER MARTÍNEZ, CARLOS. *Cartas de Jerusalén*. Santiago: Establecimiento Poligráfico Roma, 1897. Impreso.

Recepción: 26.04.2014

Aceptación: 27.05.2014